

Rastrojos

Mi marido y yo nos separamos recientemente y, en cuestión de unas semanas, la vida que habíamos construido juntos se desarmó, como un puzle convertido en un montón de piezas con los bordes recortados.

A veces, la matriz de un puzle no se detecta una vez montado —hay creadores de puzles magistrales que presumen de estas cosas—, pero, en general, se nota. La luz incide en las hendiduras de la superficie y únicamente vista de lejos la imagen parece completa. A mi hija pequeña le gusta hacer puzles. A la mayor no: construye casas de cartón, recintos en los que todo el mundo tiene que estar callado y quieto. En ambas actividades veo un intento de ejercer el control por distintas vías, pero también intuyo que demuestran que hay más de un modo de ser paciente y que la intolerancia puede adoptar formas muy diversas. Mis hijas se toman quizá demasiado en serio estas diferencias de temperamento. A las dos les fastidia la tendencia contraria de la otra: de hecho, casi diría que dedicarse a actividades diferentes es para ellas una forma de discutir. Al fin y al cabo, discutir no es más que la necesidad imperiosa de definirse a uno mismo. Y

alguna vez me he preguntado si una de las dificultades de la vida familiar moderna, con su alegría continua, su optimismo totalmente infundado, su dependencia no de Dios o de la economía, sino del principio del amor, no reside quizá en la incapacidad de reconocer —y tomar precauciones para protegerse— la necesidad humana de entrar en guerra.

«La nueva realidad» era una expresión que oía a todas horas esas primeras semanas: la gente la empleaba para describir mi situación, como si en cierto modo representara un avance. Pero la verdad es que era una regresión: la vida había metido la marcha atrás. De repente no avanzábamos, sino que retrocedíamos, volvíamos al caos, a la historia y la prehistoria, a los comienzos de las cosas y al tiempo anterior a que esas cosas comenzaran. Un plato se cae al suelo: la nueva realidad es que está roto. Tenía que acostumbrarme a la nueva realidad. Mis dos hijas tenían que acostumbrarse a la nueva realidad. Sin embargo, la nueva realidad, hasta donde yo era capaz de ver, sencillamente estaba rota. El plato había existido y cumplido su función durante años, pero hecho añicos —a menos que fuera posible pegarlo— no servía de nada en absoluto.

Mi marido creía que yo lo había tratado monstruosamente. No había quien le quitara esa idea de la cabeza: su mundo entero dependía de ella. Ese era su relato, y de un tiempo a esta parte he llegado a odiar los relatos. Si alguien me preguntara qué desgracia me había ocurrido, es posible que yo preguntara a mi vez si quería conocer el relato o la verdad. Diría, a modo de explicación, que un importante voto de obediencia se había roto. Explicaría que, cuando escribo mal una novela,

termina colapsando, se viene abajo, se detiene y no se deja seguir escribiendo, y tengo que retroceder y buscar los defectos de su estructura. El problema reside normalmente en la relación entre el relato y la verdad. El relato tiene que obedecer a la verdad para representarla, lo mismo que la ropa representa el cuerpo. Cuanto mejor sea al corte, más agradable será el resultado. Desnuda, la verdad puede ser vulnerable, desgarbada, horrorosa. Demasiado arreglada se convierte en una mentira. Para mí, la dificultad de la vida ha consistido generalmente en el intento de reconciliar estas dos cosas, como los hijos de una pareja divorciada intentan reconciliar a sus padres. Mis hijas hacen eso: obligan a mi marido a que me coja de la mano cuando estamos juntos. Intentan que el relato vuelva a ser verdad, o que la verdad sea mentira. Yo no tengo ningún inconveniente en darle la mano, pero a él no le gusta. No son formas, y la forma es importante en los relatos. Todo lo que en nuestra vida común era amorfo ahora me pertenece. Por eso no me altera, no me molesta darle la mano.

Al cabo de un tiempo la vida dejó de ir hacia atrás. Aun así, habíamos retrocedido un buen trecho. En esas pocas semanas deshicimos todo lo que había conducido al momento de la separación; deshicimos el propio relato. Ya no quedaba nada por dismantelar, aparte de las niñas, y eso requeriría la intervención de la ciencia. Pero estábamos en un tiempo anterior a la ciencia: habíamos vuelto más o menos a la Gran Bretaña del siglo VII, antes de que se hubiera constituido la nación. Inglaterra era en aquella época un país de compartimentos: recuerdo que, en el colegio, cuando miraba un mapa de la Heparquía en la Alta Edad Media, me desconcertaba su

falta de claridad y de poder centralizado, de un rey, una capital y una institución. En vez de eso, solamente había regiones —Mercia, Wessex— con nombres de resonancias femeninas, sumidas en incesantes batallas que se saldaban con pequeñas y arduas pérdidas y ganancias desprovistas de una fuerza motriz unificadora que, si me hubiera parado a pensarlo, podría haber identificado como masculina.

Nuestra profesora de historia, la señora Lewis, era una mujer de envergadura y gracia, una especie de elefante-bailarina en quien los principios del volumen y la feminidad libraban una guerra sin cuartel. La Alta Edad Media era su especialidad: había estudiado en Oxford y ahora daba clases en un mediocre colegio católico para niñas, embutida en trajes de color beige hechos a medida —con zapatos de tacón a juego— de los que daba la sensación de que su imponente forma rosa podía surgir cualquier día por sorpresa, como emerge una estatua de una sábana polvorienta. La otra cosa que sabíamos de ella, por su apellido, es que estaba casada. Pero no teníamos la menor idea de cómo relacionar estos dos aspectos diferentes de la señora Lewis. Daba mucha importancia a Offa de Mercia, en cuya visión de una Inglaterra unificada se detectaba la primera ofensiva de ambición masculina, y cuya obra de ingeniería monumental, la muralla de Offa, nos sigue recordando que la división también es un aspecto de la unificación, que un modo de definir lo que somos consiste en definir lo que no somos. Y lo cierto es que los historiadores nunca se han puesto de acuerdo en si la muralla se construyó para defenderse de los galeses o solo para delimitar la frontera. La señora Lewis tenía una actitud ambivalente sobre el poder

de Offa: ese era el camino de la civilización, sin duda, pero a costa de una pérdida de diversidad, del florecimiento sosegado que sigue su curso cuando las cosas no se construyen artificialmente y los objetivos no se fuerzan. A la señora Lewis le entusiasmaba el mundo primitivo de los sajones, donde los conceptos del poder aún no se habían reformulado; y, en cierto modo, la Edad Oscura era una versión de «la nueva realidad», eran los trozos rotos del plato más grande de todos los tiempos: el Imperio Romano. Unos lo llamaban oscuridad, los despojos de esa unidad megalómana dispuesta a conquistarlo todo, pero la señora Lewis, no. A ella le gustaba, le gustaban las ruinas abandonadas, le gustaban los monasterios donde se cultiva en silencio la creatividad, le gustaban los místicos y los visionarios, los primeros textos religiosos, le gustaban las mujeres que iban ganando importancia a lo largo de esos siglos amorfos y embrionarios, le gustaban los cimientos —lo personal— sobre los que ahora teníamos que dirimir las cuestiones de justicia y de creencias, a falta de esa gran civilización administradora.

La cuestión era que esa oscuridad —llámenla como quieran—, esa oscuridad y esa desorganización no eran simple negación o ausencia. Eran al mismo tiempo rastrojo y preludio. Los rastrojos son los tallos de la mies que quedan en la tierra después de la siega, despojos sobre los que se siembra la nueva cosecha después de la recolección. La civilización, el orden, el significado, las creencias no eran cumbres soleadas que pudieran conquistarse con una escalada constante. Se construían y caían, se reconstruían y volvían a caer, o se destruían. La oscuridad y la desorganización posteriores tenían su

propia existencia, su propia integridad; estaban indisolublemente ligadas a la civilización, como lo está el sueño a la actividad. En la vida compartimentada reside la posibilidad de unidad, lo mismo que la unidad lleva implícita la posibilidad de atomización. En opinión de la señora Lewis, mejor vivir una vida compartimentada y desorganizada, mejor sentir la oscura agitación de la creatividad, que instalarse en una unidad civilizada y atormentada por el impulso de destrucción.

Por la mañana llevo a mis hijas al colegio y por la tarde vuelvo a recogerlas. Ordeno sus habitaciones, lavo la ropa y cocino. Pasamos la tarde casi siempre solas: las ayudo a hacer los deberes, les doy la cena y las acuesto. Cada pocos días se van con su padre, y entonces la casa se queda vacía. Al principio me costaba sobrellevar esos intervalos. Ahora me parece ver en ellos cierta neutralidad, algo firme aunque vacío, algo ligeramente acusador a pesar de la vacuidad. Es como si estas horas solitarias, en las que por primera vez en muchos años no se espera ni se necesita nada de mí, fueran mi botín de guerra, lo que he recibido a cambio de todo este conflicto. Las vivo una a una. Me las trago como la comida de los hospitales. Así es como subsisto.

Y tú te llamas feminista, me decía mi marido, con rabia, en las semanas de amargura brutal que siguieron a nuestra separación. Creía que era él quien había desempeñado el papel de la mujer en nuestro matrimonio, y al parecer esperaba que yo lo defendiera de mí misma, del macho opresor. Creía que hacer la compra, cocinar y recoger a las niñas en el colegio eran tareas femeninas.

Yo, en cambio, cuando más asexuada me sentía era cuando hacía esas cosas. A mí mi madre no me parecía un modelo por su forma de cumplir con sus obligaciones maternas: al contrario, me parecía que esas tareas amenazaban su feminidad en lugar de subrayarla. Por aquel entonces vivíamos en un pueblo de las llanuras de Suffolk; mi madre pasaba mucho tiempo hablando por teléfono. Me hipnotizaba su tono de voz, como si hablara consigo misma. Sus frases me sonaban preparadas, su risa, ligeramente artificial. Sospechaba que impostaba la voz, como una actriz. ¿Quién era la mujer que hablaba por teléfono? Mi madre era alguien a quien yo solo conocía de puertas adentro; compartía su punto de vista, me parecía vivir envuelta en su aburrimiento, su placer o su irritación. Vivía dentro de su personaje, perdida. ¿Cómo podía saber quién era mi madre? ¿Cómo podía verla? Su atención era como la mirada de un ojo interior que nunca se fijaba en mí directamente, que extraía su conocimiento de mi íntimo conocimiento de mí misma.

Solo cuando la veía relacionándose con otras personas era capaz de mirarla objetivamente. A veces, mi madre invitaba a una amiga a comer y entonces, de pronto, ahí estaba la cara mi madre. De repente podía verla, podía compararla con su amiga y encontrarla mejor o peor, podía ver si la aceptaban, la envidiaban o la provocaban, saber cuáles eran sus costumbres personales y su humor, distintos de los de su amiga. En esos momentos, su personaje, mi morada, me resultaba inaccesible; estaba oscuro, como una casa vacía. Si llamaba a esa puerta, me despachaban secamente, a veces de malos modos. Parecía como si alguien hubiera empaquetado y se hubiera llevado ese cuerpo, normalmente tan amplio,

tan naturalmente ubicuo. Y, entonces, mi madre también se quedaba fuera, aislada, liberada temporalmente de la obligación de ser quien era. En vez de eso, actuaba; era pura ficción, bien o mal contada.

Sus amigas, en general, también eran madres, mujeres con una geografía reconocible para mí: la sensación de enigma oculto debajo de las máscaras del maquillaje y la conversación, como el campo abierto que se extiende alrededor de una ciudad. Era imposible entrar en esos campos, aunque sabías que estaban ahí. Mi madre tenía una amiga, Sally, que no era como las demás. Entonces yo no entendía por qué, pero ahora lo entiendo: Sally no tenía hijos. Era una mujer grande e ingeniosa, aunque tenía una cara triste. Se podía pasear por la tristeza de esa boca y esos ojos: estaba abierta a todo el mundo. Sally vino un día que mi madre había hecho un bizcocho de chocolate y quiso darle la receta. Sally dijo: «Si hiciera ese bizcocho me lo comería de una sentada». Yo no sabía que una mujer pudiera comerse un bizcocho entero. Me parecía una proeza, como el levantamiento de peso. Pero vi que a mi madre no le había gustado la respuesta. Por alguna razón incomprensible, Sally había estropeado el juego. Sin darse cuenta, había abierto una grieta en la muralla de la feminidad y me había dejado ver lo que había al otro lado.

De determinados acontecimientos de la vida no es posible tener un conocimiento previo: de la guerra, por ejemplo. El soldado que va a la guerra por primera vez no sabe cómo va a responder al enfrentarse con un enemigo armado. No conoce esa parte de sí mismo. ¿Es un ase-

sino o un cobarde? Cuando llegue la hora responderá, pero no sabe de antemano cuál será su respuesta.

Mi marido dijo que quería la mitad de todo, incluidas las niñas. Dije que no. ¿Qué quieres decir con eso?, preguntó. Esto fue por teléfono. Yo estaba mirando el jardín por la ventana, un rectángulo entre otros rectángulos urbanos, con gatos merodeando por los límites. Nuestro jardín estaba abandonado últimamente. Las malas hierbas ahogaban los arriates. El césped había crecido mucho, como el pelo. Pero, por más que creciera el desorden, la cuadrícula nunca se alteraría: los demás rectángulos conservarían su forma de todos modos.

No puedes dividir a las personas por la mitad, dije.

Tienen que pasar la mitad del tiempo conmigo, contestó.

Son mis hijas, insistí. Son mías.

En la tragedia griega, interpretar los roles biológicos del ser humano es exponerse al cambio que es la muerte, a la muerte que es el cambio. La madre vengadora, el padre egoísta, la familia pervertida, el hijo asesino: esos son los sangrientos caminos de la democracia, de la justicia. Las niñas son mías: antes habría criticado ese sentimiento con severidad, pero de determinadas partes de la vida no es posible tener un conocimiento previo. ¿Dónde se había gestado esta herejía? Si estaba en mí, ¿dónde había vivido todos esos años en nuestro hogar igualitario? ¿Dónde se había escondido? A mi madre le gustaba contar que los primeros católicos ingleses se vieron obligados a vivir y a rendir culto en secreto, a dormir en armarios o en agujeros debajo del suelo. Le parecía increíble que las creencias verdaderas tuvieran que ocultarse. ¿Era esto entonces una verdad perseguida, y nuestro modo de vida la herejía?

Volví a decir lo mismo: no lo pude evitar. Se lo dije a mi amiga Eleanor, que las niñas eran mías. Eleanor trabaja y a veces pasa varias semanas fuera de casa; cuando ella no está, su marido se ocupa de acostar a sus hijos y dejarlos con la niñera por la mañana. Eleanor apretó los labios y negó con la cabeza. Contestó que los niños eran tanto del padre como de la madre. Le dije a mi amiga Anna, que no trabaja y tiene cuatro hijos, que las niñas eran mías. El marido de Anna trabaja mucho. Anna se encarga de los niños en buena parte sola, como yo ahora. Sí, dijo, son tus hijas. Es a ti a quien necesitan. Tienen que ser tu prioridad número uno.

Mi historia carnal con mis hijas ha existido en una especie de destierro. ¿Se me ha negado como madre? La larga peregrinación del embarazo, con sus prodigios y sus humillaciones, la apoteosis del parto, el saqueo y la lenta reconstrucción de hasta el último rincón de mi mundo íntimo: todo eso, todo lo que ha supuesto la maternidad, se ha silenciado, se ha olvidado deliberadamente o por descuido con el paso de los años, desde los tiempos oscuros en los que, ahora así lo siento, se construyó la civilización de nuestra familia. Y, en cierto modo, yo he sido cómplice de ese pacto de silencio: una condición del acuerdo que me concedía la igualdad era que jamás invocase el primitivismo de la madre, su superioridad innata, el muñeco de vudú con el que se rompe el mecanismo de la igualdad de derechos. Una vez vi llorar a mi madre en la mesa cuando estábamos cenando; nos acusó brutalmente de que nunca le hubiéramos dado las gracias por traernos al mundo. Y después nos reímos de ella, con la mezquina crueldad de la adolescencia. Nos sentimos incómodos, con razón: nos habían

acusado injustamente. ¿No era mi padre quien debería darle las gracias, por darle forma, sustancia y continuidad? Por otro lado, la aportación de mi padre, su trabajo, era equiparable a la de mi madre: era ella quien tendría que estarle agradecida, al menos superficialmente. Mi padre llevaba años yendo a la oficina y volviendo a casa con la puntualidad de un tren suizo, tan autorizado como ilícita era ella. La racionalidad de este comportamiento era lo que volvía irracional el de mi madre, porque su feminidad era pura imposición y causa, puro derroche, un problema que mi padre resolvía con su trabajo. ¿Cómo esperaba ella gratitud por algo que a nadie le parecía un don? Todos servíamos a la causa de la vida a través de mi madre, que era la rigurosa representante de nuestra dueña muda: la naturaleza. Mi madre daba, como da la naturaleza, pero no podríamos subsistir en la naturaleza únicamente con gratitud. Teníamos que domesticar y cultivar sus dones; y nos fuimos atribuyendo cada vez más todo el mérito por los resultados. Nos aliamos con la civilización.

Mi padre, como Dios, se expresaba a través de su ausencia: tal vez fuera más fácil dar las gracias a alguien que estaba ausente. También él parecía obedecer a la llamada de la civilización, reconocerla cuando se manifestaba. Como seres racionales, nos aliamos con él en contra del paganismo de mi madre, de sus ciclos emocionales, su mirada siempre puesta en lo ya hecho y pasado, o en la liberadora vacuidad de lo que estaba por venir. Estas cualidades no parecían tener un origen: no se correspondían ni con la maternidad ni con mi madre, sino con alguna realidad eterna que surgía de la conjunción de ambas. Yo sabía, naturalmente, que mi madre

alguna vez había tenido una realidad propia, que alguna vez había vivido en el tiempo real, por así decirlo. En la fotografía de la boda que estaba en la repisa de la chimenea, su figura esbelta siempre me deslumbraba. Ahí estaba, vestida de blanco, como la víctima propiciatoria: una belleza sonriente y de cintura fina, compacta como una semilla. La clave, la genialidad de todo, residía al parecer en lo poco de ella que había en esa imagen. Todo nuestro futuro en expansión estaba encriptado en las delicadas líneas de su belleza. Esa belleza juvenil se había esfumado, se había agotado como el petróleo que se extrae de la tierra para la combustión. El mundo se ha entregado al frenesí, al desorden, al despilfarro de petróleo. A veces, cuando miro esa fotografía, mi familia parece el producto exagerado de la belleza de mi madre.

Pero, con el paso del tiempo, la idea de la belleza de una mujer se ha convertido para mí en un concepto teórico, como la idea que el inmigrante tiene del hogar. Y entre mi madre y yo, en ese lapso generacional, se había producido sin lugar a duda una especie de migración. Puede que mi madre fuera mi país natal, pero mi nacionalidad adoptiva era la de mi padre. Mi madre aspiraba al matrimonio y a la maternidad, a que un hombre la deseara y poseyera para legitimarla. Yo era el fruto de esas aspiraciones, pero, en algún momento de la transición entre mi madre y yo, mi deber se había convertido en legitimarme a mí misma. Por otro lado, las aspiraciones de mi padre —triunfar, ganar, proveer— no se ajustaban del todo a las mías: eran como un vestido hecho para otra persona, pero eran las que había. Así que me las puse y me sentí un poco incómoda, un poco asexua-

da, aunque vestida al mismo tiempo. Travestida conseguí aprobación, un buen expediente escolar, buenas calificaciones. Fui a Oxford, mi hermana a Cambridge, inmigrantes en el nuevo país de la igualdad sexual que lograban integrarse plenamente en la segunda generación.

Uno está configurado por lo que dicen y hacen sus padres; y uno está configurado por lo que son sus padres. Pero ¿qué pasa cuando lo que dicen y lo que son no concuerda? Mi padre, hombre, inculcó valores masculinos a sus hijas. Y mi madre, mujer, hizo lo mismo. Por eso era mi madre la que no concordaba, la que no tenía sentido. Somos tan de nuestro momento histórico como de nuestros padres: supongo que, en la Gran Bretaña de finales del siglo XX, se habría censurado que mi madre nos dijera que no nos preocupáramos por las matemáticas, que lo importante era encontrar un buen marido que nos mantuviera. Sin embargo, es probable que su madre le hubiera dicho exactamente eso. Como mujer, mi madre no tenía nada que legarnos, nada que transmitir de madre a hija, aparte de esos valores masculinos adulterados. Y de esa patria abandonada, de la belleza, tan arrasada ahora —como arrasado estaba el paisaje que rodeaba nuestra casa de Suffolk en los años de mi infancia, desfigurado por casas y carreteras nuevas que herían mis ojos hipersensibles—, de la belleza, una belleza de mujer, de ese lugar del que yo venía, no sabía absolutamente nada. No conocía sus usos y costumbres. No hablaba su idioma. En ese mundo de feminidad en el que tenía derecho a reclamar mi ciudadanía, yo era una extranjera.

Y tú te llamas feminista, dice mi marido. Es posible que algún día le diga: Sí, tienes razón. No debería llamarme feminista. Tienes razón. Lo siento muchísimo.

Y, en cierto modo, lo diré en serio. Total, ¿qué es una feminista? ¿Qué significa que una se llame así? Hay hombres que se dicen feministas. Hay mujeres antifeministas. Un hombre feminista es un poco como un vegetariano: lo que defiende es el principio humanitario, supongo. A veces hay en el feminismo tantas críticas a los modos de ser de las mujeres que se podría perdonar a quien piensa que una feminista es una mujer que odia a las mujeres, que las odia por ser tan ingenuas. Aunque, por otro lado, se supone que la feminista odia a los hombres. Se dice que desprecia la esclavitud física y emocional que exigen. Por lo visto, los llama *el enemigo*.

El caso es que a una mujer así nadie la encontraría merodeando por la escena del crimen, por así decir; dando vueltas por la cocina, por la planta de maternidad, por delante de las puertas del colegio. Sabe que su condición de mujer es un fraude, una fabricación de otros para su propia conveniencia; sabe que las mujeres no nacen, sino que se hacen. Por eso se aleja de allí, de la cocina y del pabellón de maternidad, como el alcohólico se aleja de la botella. Algunos alcohólicos tienen la fantasía de que son bebedores sociales moderados: eso es porque aún no han pasado por los suficientes ciclos de fracaso. La mujer que cree que puede elegir la feminidad, que puede jugar con ella como un bebedor social juega con el vino... bueno, lo está pidiendo, está pidiendo que la anulen, que la devoren, está pidiendo pasar la vida perpetrando un nuevo fraude, fabricando otra nueva identidad falsa, solo que esta vez lo falso es su

igualdad. O bien hace el doble de trabajo que antes, o bien sacrifica su igualdad y hace menos de lo que debería. Es dos mujeres o es media mujer. Y en cualquiera de los dos casos tendrá que decir, porque así lo ha elegido, que disfruta con lo que hace.

Por eso creo que una feminista no debería casarse. No debería tener una cuenta conjunta o una casa escriturada a nombre de dos. Puede que tampoco debiera tener hijos, hijas que no llevarán el apellido de su madre sino el de su padre, porque cuando viaje con ellas a otro país tendrá que jurarle al agente del control de pasaportes que *es* su madre. No, no debería haberme llamado feminista, porque lo que decía no se correspondía con lo que era: soy igual que mi madre, solo que al revés.

Lo que viví como feminismo eran en realidad los valores masculinos que mis padres, entre otras personas, me legaron con buena intención: los valores travestidos de mi padre y los valores antifeministas de mi madre. Por tanto, no soy feminista. Soy una travestida que se odia a sí misma.

Como muchas de las mujeres que conozco, nunca he dependido del respaldo económico de un hombre. Esta información es anecdótica: las mujeres tienen debilidad por señalarlo. Y puede que una feminista tenga este rasgo de personalidad más acusado que la media: que sea una autobiógrafa, una artista del yo. Actúa como una interfaz entre lo privado y lo público, como han hecho siempre las mujeres, solo que la feminista lo hace en sentido contrario. No propicia: se opone. Es una mujer vuelta del revés.

De todos modos, cuando uno vive lo suficiente, lo anecdótico se convierte en estadístico. Uno sale de pronto de la selva de la mediana edad con sus cohortes, cada cual con su íntimo conocimiento de su valentía o su cobardía, y hace un rápido recuento, un inventario de las extremidades que le faltan. Conozco a mujeres con cuatro hijos y a mujeres sin hijos, a mujeres divorciadas y a mujeres casadas, a mujeres con éxito y comprometidas, a mujeres arrepentidas, ambiciosas y satisfechas, a mujeres insatisfechas o resignadas, a mujeres egoístas y frustradas. Y algunas, es cierto, no dependen económicamente de ningún hombre. ¿Qué puedo decir de las que sí dependen? Que normalmente son madres a tiempo completo. Y que viven más a través de sus hijos. Esa impresión me da. El hijo se diluye en la madre a tiempo completo como un tinte en el agua: no hay parte de ella que deje sin teñir. Los triunfos y los fracasos del hijo son los triunfos y los fracasos de la madre. La belleza del hijo es su belleza, y lo mismo sucede con la conducta inaceptable del hijo. Y como el trabajo de la madre consiste en gestionar al hijo, su propia gestión del mundo se desarrolla a través de eso. Su subjetividad tiene más de una fuente, y una única salida. Esto puede derivar en una competencia extrema: tengo amigas que dicen que esas mujeres les dan miedo o les parecen agresivas. Estas amigas son generalmente mujeres que cultivan más de una identidad en una sola personalidad, y quizá por eso temen que las acusen de incompetencia extrema. Su poder es difuso: nunca lo sienten concentrado en un mismo sitio, y por eso no saben cuánto tienen, si es menos o más poder que el de ese ser con un título curioso —la madre que se queda en casa—, o incluso que el de sus colegas

masculinos del trabajo, con quienes, supongo, comparten al menos algunas sensaciones de dispersión.

Unas cuantas de estas amigas que son madres trabajadoras se han tomado alguna vez un permiso para quedarse en casa, normalmente en los primeros años de maternidad. Como delincuentes en busca y captura finalmente reducidos, se rinden con las manos en alto: sí, todo ha sido demasiado, demasiado inmanejable; el correr de un lado a otro, la culpa, la presión laboral, la presión en casa, la pregunta de por qué, para empezar, has hecho el esfuerzo de tener hijos si nunca ibas a verlos. Entonces deciden quedarse en casa uno o dos años para equilibrar un poco la balanza, como la masa del bizcocho que, según la receta, tienes que repartir en dos moldes, aunque siempre parece que hay más en uno que en otro. Sus maridos también trabajan, viven en la misma casa y han tenido los mismos hijos, pero no dan muestras de sentir el conflicto en la misma medida. De hecho, a veces parece que se les da mucho mejor trabajar y ser padres que a las mujeres: ¡insufrible superioridad masculina!

Sin embargo, un hombre no comete ninguna herejía en particular contra su sexo por el hecho de ser un buen padre, y trabajar es parte de lo que hace un buen padre. La madre trabajadora, en cambio, tiene que trasladar continuamente a la vida cotidiana el papel que se le ha asignado en los mitos fundacionales de la civilización: por eso, no es de extrañar que esté un poco agobiada. Intenta desafiar su relación con la gravedad, profundamente arraigada. He leído en algún sitio que las estaciones espaciales caen de forma lenta pero incesante hacia la Tierra, y que cada pocos meses hay que enviar un

cohete para empujarlas y alejarlas. A una mujer le ocurre lo mismo, que se ve eternamente arrastrada por una fuerza imperceptible de conformismo biológico; su vida es implacablemente repetitiva; necesita mucha energía para no salirse de su órbita. Seguirá así año tras año, pero si un año el cohete no viene, entonces se caerá.

La madre que se queda en casa suele decir que se siente afortunada: es su estilo, su elección, en caso de que alguien —una madre trabajadora, por ejemplo— se interese en preguntar. Tenemos tanta suerte que con el sueldo de James yo no necesito trabajar, dirá, como si hubiera apostado una fortuna a un solo caballo y hubiera descubierto que ha elegido al ganador. Nunca se oye decir a un hombre que se siente afortunado de ir a la oficina todos los días. Pero la madre que se queda en casa suele decir que es un privilegio que le «permitan» dedicarse a su trabajo doméstico tradicional, que no tiene nada de excepcional. Por supuesto, es una afirmación defensiva —no quiere que la tomen por perezosa o falta de ambición—, y, como tantas defensas, oculta (veladamente) un núcleo de agresividad. Aun así, supuestamente se pone eufórica cuando su hija saca la mejor nota en el examen de matemáticas, consigue una plaza en Cambridge y se convierte en física nuclear. ¿Quiere para su hija ese privilegio, el de la vida en casa con los hijos desde tiempos inmemoriales? ¿O cree que esto es un enigma que quizá alguien logre resolver en el futuro, como descubren los científicos la cura para el cáncer?

Recuerdo que, cuando nacieron mis hijas, la primera vez que las cogí en brazos, las alimenté y hablé con ellas, sentí una conciencia muy profunda de este aspecto nuevo y desconocido de mí misma que estaba dentro de

mí y al mismo tiempo no parecía ser mío. Fue como si hubiera aprendido a hablar ruso de golpe: lo que podía hacer —este trabajo de las mujeres— tenía una forma propia, y, al mismo tiempo, no sabía de dónde me venía ese conocimiento. En cierto modo, quería reivindicar ese conocimiento como mío, como innato, aunque eso exigía, por lo visto, una extraña falsedad, un fingimiento. Pero ¿cómo podía fingir que era lo que ya era? Tenía la sensación de estar habitada por un segundo ser, una gemela que me gastaba la broma —como hacen los gemelos— de aparecérseme mientras estaba haciendo cosas que eran ajenas a mi carácter. En apariencia, esta gemela no era maligna: solo pedía cierta libertad, liberarse temporalmente del estricto protocolo de la identidad. Quería actuar como una mujer, una mujer genérica, pero la personalidad no es genérica. Es total y absolutamente concreta. Para actuar como una madre, yo tenía que apartar mi personalidad, desarrollada con una dieta de valores masculinos. Y mi hábitat, mi entorno, también se había desarrollado del mismo modo. Necesitaba una adaptación. Pero ¿quién iba a adaptarse? Esos primeros días, me di cuenta de que mi comportamiento extrañaba a las personas que me conocían bien. Era como si me hubieran lavado el cerebro, como si me hubiera captado una secta. Me había ido: no respondía al teléfono habitual. Sin embargo, esta secta, la maternidad, no era un ambiente en el que yo pudiera vivir. No reflejaba nada de mi personalidad: su literatura y sus prácticas, sus valores, sus códigos de conducta y su estética no eran los míos. También era genérica: como cualquier secta, pertenecer a ella exigía una renuncia total a la propia identidad. Por eso pasé una temporada sin ser de ningun-

na parte. Como madre de dos hijas pequeñas, no tenía hogar, iba a la deriva, itinerante. Y a lo largo de esos años sentí una lástima intolerable, de mí y de mis hijas. El desencanto de este contacto con la condición de mujer me parecía casi una tragedia. Como el hijo adoptado que por fin localiza a sus padres y descubre que son unos desconocidos incapaces de amar, mi incapacidad para encontrar un hogar como madre me impresionó, y comprendí que no tenía nada que ver con el mundo, sino con que yo no era necesaria. Como mujer, parecía superflua.

Y entonces hice dos cosas: recuperé mi antigua identidad conjugada en masculino; y recluté a mi marido para que se ocupara de cuidar a las niñas. Él haría el papel de esa gemela, de la feminidad. Le ofrecería un cuerpo en el que cobijarse, porque en el mío parecía incapaz de encontrar la paz. Mi idea era que viviríamos juntos como hermafroditas, con una mitad masculina y otra femenina los dos. Eso era la igualdad, ¿no? Mi marido renunció a su trabajo de abogado y yo renuncié a la exclusividad de mi derecho maternal primitivo sobre mis hijas. Este sería nuestro sacrificio a los nuevos dioses, bajo cuya futura protección confiábamos vivir. Diez años más tarde, sentada en el despacho de una abogada en una calle ruidosa del norte de Londres, mi instinto maternal, efectivamente, me pareció de lo más primitivo, casi bárbaro. Las niñas son mías: esta no era la frase que yo elegiría normalmente, tan rudimentaria. Pero era lo único que tenía en la cabeza, en aquel despacho de cromo y cristal, delante de aquella abogada menuda y con traje negro. Yo estaba flaca y demacrada, llena de angustia, pero en su presencia me sentía enorme, como

una talla tosca, una roca maternal con incrustaciones de emociones antiguas y desagradables. Me dijo que yo no tenía derechos de ningún tipo. La ley, en estos casos, no operaba sobre la base de los derechos. Lo importante eran los precedentes, y los precedentes podían ser tan sin precedentes como uno quisiera. O sea, que, por lo visto, al final no había una realidad primitiva. No había una madre o un padre. Solo había civilización. La abogada me dijo que tenía la obligación de mantener económicamente a mi marido, quizá para siempre. Pero él es abogado, contesté. Yo solo soy escritora. Lo que quería decir era: Él es un hombre. Yo solo soy una mujer. El tambor del vudú seguía sonando en lo más profundo de la oscuridad conyugal. La abogada arqueó las finas cejas y me miró con una sonrisa amarga. Bueno, en ese caso, él sabía exactamente lo que estaba haciendo, dijo.

Llegó el verano, días estridentes de sol cegador en la ciudad costera en la que vivo: los graznidos de las gaviotas al amanecer, una agitación deslumbrante por todas partes, el agua como un espectáculo de luz triturada. No podía dormir: tenía la conciencia plagada de residuos de sueños, de partes rotas del pasado que la resaca arrastraba y arrojaba a la playa. En la puerta del colegio, cuando iba a recoger a mis hijas, las otras madres me parecían un poco extrañas, como la gente vista desde lejos. Las veía como si hubieran salido del vacío aniquilado del mar, gente que habitaba la tierra, que habitaba una construcción. Esas madres no habían destruido sus hogares. ¿Por qué yo había destruido mi hogar? Iba a ver a mi hermana y me sentaba en su cocina mientras